

1. STATIO-PREPARACIÓN

29 de enero de 2008

Statio- Estación- Parada- Tiempo de espera

*«Te damos gracias, Señor, por este tiempo que nos concedes para escuchar tu Palabra. Te pedimos que hagas de nosotros **oyentes atentos**, porque en tu Palabra está el secreto de nuestra vida, de nuestra identidad, de nuestra verdadera realidad a la que somos llamados.*

*Aleja de nosotros, Señor, todo prejuicio, toda prevención, todo preconcepto que nos impediría **acoger libremente** la Palabra de tu Evangelio.*

María, Madre de Jesús, que meditabas en tu corazón las palabras y los hechos de tu Hijo, haz que te imitemos con sencillez, con tranquilidad, con paz.

Quita de nosotros todo esfuerzo, ansia o nerviosismo y haznos atentos oyentes para que nazca en nosotros el fruto del Evangelio». ([Cardenal Martini](#)).

Ante cada lectura, necesitamos un prólogo, una estación, una parada y una disposición del ánimo, y más si se trata de la Palabra de Dios. La palabra que recoge este proceso se puede definir como **DESIERTO**. En hebreo, “*midbar*”, lugar de la palabra, espacio de **soledad** y de **silencio**.

Statio, primera estación, nos evoca el desierto, donde hay silencio y soledad. Cuando yo quiero encontrarme con la Palabra tengo que hacer un ejercicio para acogerla.

Se requieren unas **ACTITUDES PREVIAS**, como son el deseo noble de querer estar con Jesús, tratar con Él, verlo, sentirlo... No se trata de tener audiciones ni visiones místicas ni divinas, no se debe pedir esa gracia.

Sobre los lenguajes de la Fe, [Juan de Dios Martín Velasco](#) nos dice que «*el silencio es un lenguaje orante porque ninguna palabra abarca a Dios, ninguna le define*».

Volvamos al **desierto**, como signo ambivalente. Por un lado, es un lugar áspero, nos asusta introducirnos en el espacio estepario de la soledad... Pero quien cruza el miedo al silencio y a la soledad se encuentra con una experiencia de ser habitado, de descubrir al Señor dentro de nosotros, un oasis en el desierto.

En el desierto, o se muere o se renace, o se hunde en la fragilidad o se alcanza el heroísmo de los mártires, o se siente la soledad más terrible o confesamos que nuestra vida está en manos de Dios. El desierto puede ser un viento huracanado o un soplo. El desierto es los extremos más radicales.

Se necesita un tiempo de preparación para recibir la Palabra de Dios, no podemos encontrarnos con ella de bruces. Prepara el ánimo, invoca al Espíritu Santo, haz “higiene” de las preocupaciones que desvían la atención. Es **tiempo de escucha**.

La llamada de Dios a Samuel (1 Sm 3, 1-10)

El joven Samuel estaba al servicio de Dios con el Sacerdote Elí.
En aquel tiempo era raro oír la Palabra de Dios.
Samuel dormía cuando el Señor le llamó: “Samuel, Samuel”
Samuel buscó a Elí y dijo: “Heme aquí, porque me has llamado”.
“No te he llamado, vete a dormir”, le contestó Elí.

(Y así por tres veces)

A la tercera vez, Elí comprendió que era Dios quien llamaba al muchacho; y se lo dijo a Samuel.

El Señor volvió a llamar: “Samuel, Samuel”

Dijo Samuel: **“habla, Señor, que tu siervo escucha”**.

Es una narración de AYER y de SIEMPRE. También hoy es raro oír la voz del Señor, porque sólo la oyen quienes deseen estar en su cercanía; y la entienden quienes están “dispuestos”, “prontos a servir”. Dios te llama por tu nombre, y te repite “.....,” Respóndele, sin contar las veces: **“HABLA, SEÑOR, QUE TU SIERVO ESCUCHA”**. El joven Samuel necesitó un tiempo de discernimiento para comprender que recibía una llamada de Dios. ¿Cómo disciernes que eso es Palabra de Dios, que te orienta hacia algo? A veces no tenemos esa serenidad para descubrirlo.

El lenguaje de la liturgia es un lenguaje enamorado. Cuando uno entra en relación amorosa se descubre en una potencia única. La Palabra te pone en los labios aquello que quieres que diga, se convierte en luz. Hay una disposición, una actitud que hace posible una sintonía, el silencio nos lleva a una sensibilidad mayor (si estamos callados oímos cómo juegan los niños en la calle, el tráfico...). Si das un paseo por el campo solo, al principio no oyes nada. Poco a poco oyes el viento, las ramas, hasta tu propio corazón.

El sueño de Jacob (Gn 28,10-16)

«Jacob fue de Berseba a Jarán. Al llegar a cierto lugar se decidió a pasar la noche allí, pues el sol ya se había puesto. Tomó una piedra y la usó como de cabecera y se acostó.

Mientras dormía, tuvo un sueño. Vio una escalera, que estaba apoyada en la tierra, que tocaba el cielo con la otra punta, y por ella subían y bajaban los ángeles de Dios. Yahvé estaba de pie a su lado y le dijo: Yo soy Yahvé, el Dios de tu padre Abraham y de Isaac. Te daré a ti y a tus descendientes la tierra en que descansas. Tus descendientes serán numerosos como el polvo de la tierra y te extenderás por todos lados: al oriente y al occidente, al sur y al norte. En ti y en tus descendientes serán benditas todas las naciones. Yo estoy contigo. Te protegeré a donde vayas y te haré volver a este lugar. No te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he dicho.

Despertó Jacob de su sueño y dijo: Yahvé está realmente en este lugar y yo no lo sabía».

Necesitamos una actitud de **recepción**, escucha. Un drenaje de imágenes del día para que la cabeza y el corazón entren en **sensibilidad** con la Palabra.

Otra concepción del desierto es verlo como posible **lugar de tentación**. Jesús fue llevado al desierto para ser tentado. Es ahí donde podemos descubrir la voluntad y fortaleza de no perecer a la primera. Ejemplo: cuando estamos por la noche en la cama, pensamos “qué tengo que preparar para comer, habrá venido ya Juan, se ha estropeado el coche...” Como no atraveses esas distracciones no vas a descubrir la Palabra; si no te paras, convives con la tontería. La Palabra te ayuda, te acompaña, te ilumina, te viene a la memoria cuando más la necesitas.

El desierto es el **lugar de crisis y de lucha**. Ahí Jesús vence al mundo, se convierte en lugar de victoria y de paz. La caída no es irremediable.

En la Creación Dios surge en un **jardín**, donde colocó al hombre y a la mujer. A partir del pecado del hombre el jardín se convierte en un desierto. Jesús hereda lo que ha cosechado el hombre, pero con su obediencia convierte el desierto en huerto y en la mañana de Pascua lo convierte en jardín.

Sé gratuito, el desierto tiene **dosis de gratuidad**, no te pese tener ese drenaje, con la gracia del Espíritu recibirás luz, entendimiento, la reconciliación. Si tienes inquietud interior eso te llama a tener silencio reconciliador, el silencio de la paz de la conciencia. En el desierto no te puedes ocultar, estás al desnudo, donde todo ser humano encuentra su esencia.

El desierto es **lugar de relación**. No debemos tratarlo como vocación, sino como mediación. No se trata de hacer gimnasia espiritual, aunque puede ayudar: no sólo “drenar”, “liberar”, sino sobre todo “encontrarme con”, “escuchar a”, “discernir en”... Iniciar una apertura a la voluntad de Dios de querer comunicarse con nosotros. Él quiere revelarse, hay una voluntad explícita de querer encontrarse con nosotros, por lo tanto, yo tendré que encontrarme con Él.

Uno de los *déficit* de los católicos es no conocer la Biblia. ¿Qué quiere Dios de nosotros? **Tú tienes el Don del Espíritu, eres bautizado, déjate iluminar.**